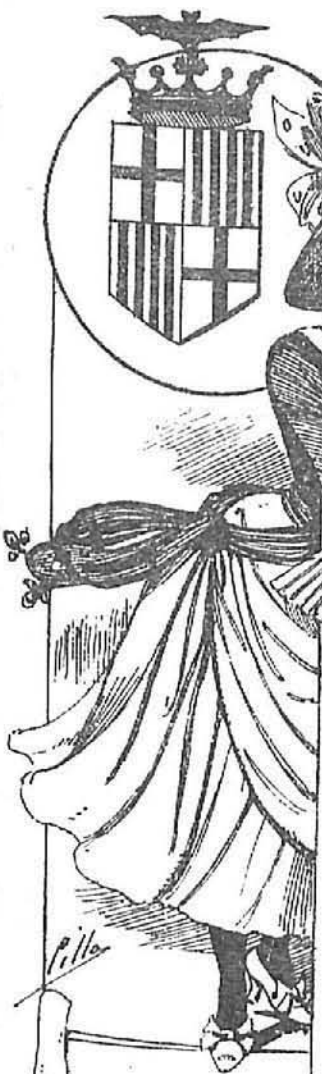


Año I. Barcelona 1.º de Agosto 1889 Núm. 8.

BARCELONA CÓMICA

ARTISTAS DRAMATICAS



15
CÉNTIMOS





Año I.

Agosto 1.º de 1889.

Núm. 8.

CRÓNICA.

¿Que haria yo para que estas crónicas fueran muy leídas y á ser posible muy celebradas?

Yo bien sé la manera, aunque para mí es bastante dificultosa.

Con ir á ver al Sr. Mañé y Flaquer y presentarle mi trabajo pidiéndole consejos, acaso lo lograría.

—D. Juan, aquí tiene V. este artículo. Dígame V. con franqueza lo que debo quitar y poner, porque es V. persona competentísima, el primero de nuestros escritores, y nadie mas indicado que V. para guiar mis pasos en el periodismo.

—Usted es un chico de talento como lo demuestra la prueba de sumisión que acaba de dar... En ese artículo debe V. quitar la palabra *barbican* porque eso hace muy torero. Nada de alusiones personales, á no ser cuando se dirijan á altas personas, como por ejemplo Castelar, D. Juan Bautista Topete, etc., etc... Procure V. sobre todo ensañarse con el debil y el caído.

—¡Oh, tantas gracias!

—Y váyase V. descuidado, que en la próxima dominical le he de dar la alternativa.

Y en el *Diario de Barcelona* del domingo siguiente se vería un artículo encomiástico sobre mi personilla.

Allí leerían con asombro los conservadores que yo soy muy

guapo y tengo unos ojos asesinos, amen de ser un escritor satírico de los que entran pocos en libra, un Larra chico.

Y habiéndome puesto el sello el Sr. Mañé, no había de haber babieca en Barcelona que no dijera refiriéndose al firmante de estos renglones: ¡Pero qué bien pone la pluma este pícaro!

Con que no sé lo que hacer. Ustedes me aconsejarán si debo ir ó no á visitar al director del *Diario de Barcelona*.

—*

Las cruces concedidas á algunos concejales traen revuelto á nuestro Municipio.

Al simpático y obeso señor Fontrodona le han dado una lata en forma de cruz de Isabel la Católica.

D. Ignacio ha renunciado y ha hecho bien, porque la verdad es que hay aquí cada *caballero* de Isabel la Católica que pone los pelos de punta.

A D. Pedro Casas le han hecho de la Legión de honor y sus compañeros han pegado un salto de indignación.

Dicen que esa cruz corresponde al señor Nasvidal.

Yo creo que lo dirán por aquello de casar la cinta colorada con el magnífico pimientito del desairado.

También el hormiguista Pirozzini ha pescado la codiciada cruz francesa.

—¿Porque se la habrán dado?

—se preguntan todos. Porque de ese caballero se puede decir lo que decía un poeta de un Pirozzini semejante:

No hay un hombre que mas [suene] ni un hombre que menos valga.

Pero *così va il mondo, bimbo mio*.

—*

Buen lio ha armado el Ayuntamiento de Sevilla.

Por sí y ante sí ha invitado al Papa á pasar el resto de sus días en la ciudad macarena.

Y hasta le ha ofrecido un palacio.

Que no era del Ayuntamiento por supuesto; que en esto de ofrecer lo que no es suyo ninguno iguala á estas corporaciones.

En España nos hemos reído, pero no ha sido lo mismo en Italia, que lo han tomado por donde quema.

Y aquellos *macarrones* nos ponen que no tiene el diablo por donde cojernos.

Y ahí tienen Vds.: una cosa tan deleznable como es un ayuntamiento, puede ser causa de que riñamos con el *fratello* del otro lado del Mediterráneo.

¡Y qué conflicto entonces para los *irlandeses*!

—*

El Sr. Rius y Taulet está algo enfermo.

Y se comprende. ¡Esas comidas de sonda!

El *Barcelonés*, ese distinguido periódico del ramo de consumos, nos da todos los días el parte de la salud de D. Pancho.

Salud que, entre paréntesis, deseábamos ver restablecida.

Contribuye mucho al malestar del alcalde, la actitud que han tomado los elementos relativamente sanos del fusionismo.

Los Maluquer, los Collaso y Gil, los Par, los Monfredi y

¡hasta los Godos! se han puesto contra él.

¡Pobre D. Franciscó!
No le quedan mas que los amorosos brazos de un Nasvidal ó de un Bañolas.

Pero se lo ha ganado, hay que confesar que se lo ha ganado.

Y á propósito:

No fueron los señores Iluch y Payerols los que acompañaron á D. Francisco á Granada.

Fueron D. Juan Tenorio y D. Luis Mejía.

Por cierto que el Comendador vino disgustadísimo.

Y yo me entiendo y bailo solo.

Resultó lo que yo me temía. La famosa Exposición Florentina, bendecida por obispos, aplaudida por capitanes generales, celebrada por periodistas, ha hecho fiasco.

Allí se está en Cadiz el Marqués de Vilana cargadito de sal para Buenos-Aires.

Hablamos del vapor, que el Vilana en carne y hueso ha tenido mas sal todavía y ha desahogado de la capital gaditana, huyendo de las reclamaciones de los expositores y viajeros.

Y vea V., este fiasco que era de prever racionalmente, si yo tengo la debilidad de advertirlo cuando estaba aquí el vapor, todos me hubieran caído encima diciendo que soy un crítico de primera, que nunca encuentro nada bien hecho.

Casi es mejor dejar las cosas para juzgarlas á posteriori.

Continúan las novilladas dando que sentir.

En una verificada en nuestra plaza ultimamente ha habido tres heridos.

Pero no escarmientan los aficionados y repiten.

Y vuelven á llevar porrazos.

Pero, hombre, ¿porqué no habían de ser aficionados los Sres. Gonzalez, Sardá, Pelfort, Pirozzini, Casas y tantos otros?

Pero es lo que pasa, se meoan á toreros los que no deben.

DANIEL ORTIZ.

EN EL RASTRO

—Tienes razón, Berengena; el Piri nos ha perdido por querer dadas de grupo en las cosas del oficio.

Ni él sabe de contumelias ni conoce al señor Ribas y Tabulete, el Marqués, ni en toda su vida ha visto un extranjero como ese, de Barcelona.

—Está dicho; y por eso, mayormente, digo yo que el tal no es digno de figurar en el gremio de los randas distinguidos.

En dos golpes pudo hacer un apando muy bonito con un reloj y unos cuantos billetes de venticinco; pero el boceras, dejando que se pasara ese fio de la juega que se armaron todos los del Ayuntamiento, se fué á la Estación á ver... y al fin y á la postre ha visto que ese señor se ha marchado con mas mantecas que vino, sin que nadie le atentara ni los forros del bolsillo.

¡Que orgullo llevará el mangue viendo que de aquí se ha ido sin tener un descargado ni pasar por un confitol!

—Que ya no hay randas de genio — mascarar consigo mismo, sin dar con estos dos majos que valen lo menos cinco.

—No me hables más, Berengena, porque yo estoy ya que trino...

—¿Qué dirán los extranjeros?

—¿Qué hablarán los del Destrito?

—¿Y qué pensará la Paca cuando sepa que no hay lino y que por el mandria ese no puedo pagarla el pisot?

—Y la Rita ¿qué dirá si la reputa eso mismo, después de estar consentida en ir al Puente el domingo?

—¡Dí que esta vez el Comedes nos ha puesto el... abanico!

—¡Hay que llamarle á carco y si resulta conito

se le exige que indenice los daños y los prejuicios, y si no aceta por buenas le rompemos el bautismo.

—Y la fé de soltería!

—Y la de muerto, está dicho!

En esto llega el Comedes, y á guisa de veredicto, empieza á repartir palos á los valientes de pica, los cuales valientes salen huyendo despavoridos.

Por los guardias de seguridad

JOSÉ TRUJILLO.

NAIPE DE VALENCIA

Cuando lean Vdes. estas líneas, ya habrá terminado la feria, con gran sentimiento de muchas jóvenes sensibles y enamoradas, que se habían ido acostumbrando á ver, todas las horas del día y de la noche, los retorcidos bigotes del principe Gortschakoff.

Este sentimiento es muy justo y natural; el principe ruso, se ha mostrado muy afable con ellas y hasta se ha permitido dirigirles en más de una ocasión, miradas nihilistas de amor, que han trastornado los corazones de varias tiernas señoritas muy conocidas.

—Desde que mi hija ha visto ese principe ruso—decía ayer tarde doña Prisca, á un señor canónigo, amigo de la casa—créame Vd., Ascensioncita es otra, la comida le dá náuseas.

—¿Tan leo es ese principe?—replicó el canónigo, después de meterse en las narices, una buena dosis de rapé.

—Todo lo contrario, por desgracia; es un ruso muy simpático, pero mi hija que posee un alma delicada y candorosa, se ha enamorado locamente de él, y ha perdido las ganas de comer y dos medias á rayas azules, que le regaló el día de su santo un tío suyo, empleado en rentas estancadas.

—¡Malo!—refunfuñó el sacerdote.

Doña Prisca bajó la cabeza con tristeza y luego se puso á pelar unas patatas, no sin murmurar por lo bajo:

—Si esta noche el principe mira á mi hija, le pego dos bofetadas...

La gran retreta que organizó el elemento militar, ha sido uno de los festejos mas aplaudidos hasta hoy.

A las siete de la tarde, es decir, con dos horas de anticipación, la gente que no tenía un balcón, se lanzó á la calle, para buscar sitio en la carrera. Al pasar yo por la plaza de las Barcas, al que me llamaban, volví la cara y vi á mis vecinas las de Limonciello.

—¿Dónde va Vd. tan deprisa?—me dijo Clarita, que es la mayor y un poco tartamuda á consecuencia de un susto, que le dió hace tres años un sochantre de Huesca, que es el hombre más divertido del mundo.

—¿Sabe Vd. si tardará mucho en pasar?—añadió don Niceno Limonciello, sin darle tiempo á contestar á Clarita.

—Los periódicos dicen que á las nueve en punto—respondí yo, casi maquinalmente, entretenido en mirar

EN MI PUEBLO



Niño zangolotino
que se pasa de imbécil
y de fino.



Este es el mata sanos.
¡Pobres de los que caen
entre sus manos!



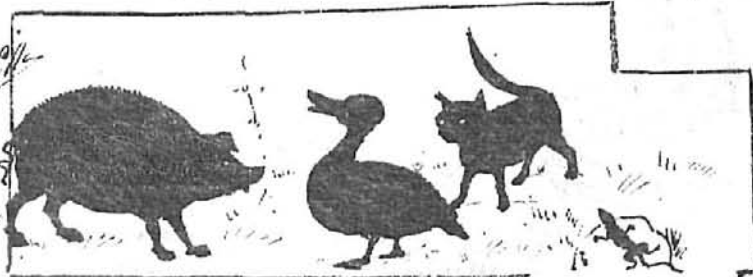
El maestro de escuela
á quien el hambre
convirtió en pajueta



La señora alcaldesa
cual pocas fea
y cual ninguna obesa.



Ved aquí el señor cura.
Ya lo habreis conocido
en su figura.



Parte del vecindario
que es modesto y sencillo
aunque ordinario.



—¡Míá que subir yo al andamio con dos cuartillos na mas en el estómagol... ¡No quíés tu!

—¿Y esas dos líquidas perlas—que se desprenden tranquilas?...

—¿Que perlas son esas?

—Nosotros, señora, que somos un par de alhajas.



—¡A ver si resulta que eso que se mueve es el guarda

como se entendían en la semi-oscuridad, Socorrito y su futuro Casto, escribiendo en la higiene.

—No se vaya—me dijo Clarita, cogiéndome las manos y dirigiéndome una mirada de vecina soltera— así nos explicará Vd. lo que representan cada bandera y cada farol.

Accedi y abstraído con la conversación de Clarita, que me hablaba de Italia, de Francia y de los Países Bajos, con una erudición pasmosa y mucho mejor con las manos que con la lengua, efecto de la tartamudez, un torbellino humano nos lanzó a no sé cuántos metros de distancia.

Voces pidiendo socorro, gritos de terror y quejidos angustiosos, se oyeron por todas partes. De repente otra nueva oleada de gente, mucho mayor que la primera, nos levantó en el aire, a la familia de Limoncillo y a mí, viniendo a meternos dentro del pilón de la fuente de la plaza.

Indescribible es el cuadro, que se presentó a mis ojos, cuando pude salir de aquel baño improvisado.

—¡Ay, Casto!—decía Socorrito que había caído debajo de su futuro —¡yo me ahogó!

Mientras Casto sacaba en brazos a Socorrito, don Niceno y yo, procurábamos hacer recobrar el conocimiento a Clarita, dándole frías en la espalda y haciéndola arrojar toda el agua que se había tragado.

—¡Ay, Casto!—gritaba Socorrito, exprimiéndose las ropas—Tendré que quitarme hasta la camisa.

—Bien, Socorrito, lo que tú quieras; pero aquí me parece que sería muy criticado. Espera que lleguemos a casa.

No quiero terminar sin decir a ustedes, que el certamen de tiro de pichón, celebrado en la plaza de toros, estuvo muy concurrido, y que mereció muchos elogios el ojo certero de los tiradores.

La escopeta en manos de estos, es casi tan temible, como el sable en manos de los que se llaman nuestros amigos.

Hubo quien de diez disparos mató doce pichones y atravesó el corazón de una cándida paloma que asistía al certamen.

Conque... ¡no es nada lo del ojo!..

BONETE.

A LOLA

Bendigo mi suerte, Lola,
desde el día que te vi.

¿Te acuerdas? Te conocí
y te amé por carambola.

Por ti lo abandono todo
y juro que he de quererte,
aunque solo pueda verte
por doblote ó por recodo.

Yo sé bien que tu papá
no puede ni aun verme, Lola;
mas le daré un *pasa-bola*
y nuestro amor triunfará.

Si, pues, tu pecho se ablanda,
¿porqué, Lola, no respondes?
¿No ves tú que si te escondes
he de buscarte por bando?

¿Piensas que mi amor es grilla?
¿No te alucines jamás!
Dime que sí y ya verás
que no salgo de la billa.

Te adoro con tal exceso
que aunque es de ley progresar,
porque me llegues a amar
haré por ti un *retroceso*.

¿Que los hombres son muy malos
te han dicho, y esto te aterra!
Ni sé como se hace guerra
ni juego jamás a *pales*.

¿Dices que sí? Gracias, Lola;
y pues amarte juré,
verás que feliz te haré
si dejas *rodar la bola*.

FEDERICO MUÑOZ.

TEATROS

(Continuación)

Decía a ustedes en el número anterior y he de repetir aquí que al fin se estrenó en el *Eldorado* un verdadero drama. *Los rígidos*, última producción de don José Echegaray, ha logrado un éxito tan gra de como merecido. Interesante y bien llevada la fábula; pintados con bastante acierto los caracteres, perfectamente preparadas las situaciones finales de acto, no de relumbron, sino de verdadero efecto; y una versificación hermosísima, valiente, esmaltada de brillantes pensamientos. Todo eso hay en la última producción del primero de nuestros dramaturgos en activo servicio.

No es *Los rígidos* la mejor producción de Echegaray; para que lo fuese precisaría que este no hubiese escrito *O locura ó santidad* y *El Gran Galeoto*, por lo menos; pero indudablemente gustará a muchos, más que las anteriores. Hay gentes sencillas, de ánimo compasivo, semejantes a las autoridades de París, que permiten marcar y dar alfilerazos a los toros y se horrorizan ante la idea de que los maten a volapié, y estas tales gentes

pasan porque una dama ó un galán estén siendo el rigor de las desdichas durante tres ó cuatro actos, siempre que al fin de la obra no haya desgracias personales que lamentar. Ellas, apoyadas por algún que otro crítico sensible, son las que han puesto el grito en el cielo cada vez que don José ha dado a luz una obra; y a ellas ha querido este complacer en *Los rígidos*, un *Gran Galeoto* que acaba bien, supuesto que todo puede arreglarse con un poco de tafetan inglés, ni mas ni menos.

En *Los rígidos* como en el *Galeoto* el *deus ex machina* lo constituye la murmuración que injustamente se celebra en una mujer. No pasa de ahí la semejanza, pero basta para justificar mi anterior frase. Y vamos al grano.

Dña Pura y don Severiano, los rígidos, no lo habían sido mucho en su juventud y fruto de sus debilidades fué una hija. Como don Severiano era casado, confió la niña a un amigo suyo quien se la llevó a América, regresó con ella a Madrid y falleció después de haber revelado vagamente a la muchacha el misterio de su nacimiento. Soledad, pues, se queda sola.

Por otra parte, ha muerto también la mujer de don Severiano, el cual estando enfermo la había revelado su falta; ella, a su vez, confía el secreto del nacimiento de Soledad a su hijo Roberto, y le encarga que la busque y parta con ella su fortuna. Roberto cumple el encargo de su madre, halla a Soledad, la manifiesta quienes son sus padres, pone en sus manos un paquete de cartas de estos y, tras alguna resistencia por parte de la joven, logra que acepte también les bienes a que, después de todo, no dejaba de tener algún derecho.

Soledad vivía en armonía (ó harmonía) con su nombre, desconfiando de todo el mundo, menos de Jorge, marqués de Valle Umbroso, a cuyo cariño correspondía. Jorge es celoso, como todo buen enamorado; por eso dice y con razón:

No comprendéis las mugeres,
y acaso es empresa vana
el quererlo comprender,
como se puede adorar
y al mismo tiempo dudar
y al mismo tiempo creer!

Soledad, a su vez, es altiva y caprichosa; por lo primero no gusta de dar explicaciones, aunque haya motivo para pedirselas; por lo segundo (y por lo otro también) se ha empeñado en no revelar a nadie el misterio que la rodea; a duras penas consiente en manifestarlo a su marido, cuando lo tenga, que si lo tendrá porque el marqués la quiere más que a las niñas de sus ojos.

En un establecimiento de baños, no importa cual, reúne la casualidad a Soledad, Jorge, Roberto, y los dos rígidos. Estos ayudados de otros ga-

leotitos de menor cuantía, murmuran de la joven porque y porque...

y por otras razones que diré, como dijo el poeta. Y aquí es donde encuentro yo el único defecto, el único de bulto, por lo menos, del nuevo drama. Que una joven sea hermosa y viva sola y que la cortejen ó lo parezca, dos hombres, Roberto y Jorge, puede ser base para alguna que otra murmuración; pero no justifica una conjura ó una coincidencia de bañistas con el fin de arrojar del establecimiento á la que no dá mayor motivo para tan grave y desusada resolución. Sobre que de puro sabido es ocioso decir que en sitios tales, aunque haya en ellos *rigidos* como los de marra, la tolerancia, no solo es necesaria, se impone, sino que llega á la realidad hasta lo inverosímil, ni aun en hipótesis puede admitirse que una colectividad de gentes bien educadas, trate de arrojar de su seno á una persona cuya indignidad no resulte grande evidente. Verdad es que si el absurdo no se realizara, no habría drama y este es, en conjunto, tan excelente que bien se puede perdonar aquel.

Cuando Jorge se entera de que los bañistas se disponen arrojar á su amada del establecimiento, lo impide presentándola ante todos como su futura esposa é invitándoles para la boda que se celebrará en Madrid, no sin convenir antes con Soledad en que esta le revelará el misterio que la envuelve cuando la haya dado su nombre y advirtiéndola que si lleva afrentosa mancha, si ha querido engañarle, le dará muerte.

Verifícase el enlace, Jorge reclama el cumplimiento de lo prometido, en presencia de doña Pura y don Severiano. Soledad, cohibida por la presencia de estos, no se atreve á hablar y aun que asegura que revelará el secreto á su esposo, cuando estén solos, él se llena de ira y juzgándose engañado, hiere á la joven. El hermano de esta que sobreviene, la lleva á otra habitación, á la cual acude Jorge y logra la explicación deseada. Vuelve á la sala donde se hallan los rigidos... y el público se rompe las manos ap'audiendo los magníficos apóstrofes que el marqués los dirige y los conmovedores incidentes á que dá lugar la intervención de Soledad que implora misericordia para sus padres, á quienes dice Jorge:

Aun está su seno rojo con la sangre que ha vertido...
¡La olvidasteis!... ¡Os olvidó!
¡La arrojasteis!... ¡Os arrojó!

Solo, á ruego de su esposa, consiente en perdonarlos cuando hayan llorado tanto como han llorado tus ojos.

Los de Soledad, naturalmente; no los tuyos, caro lector, á quien ya he dado hoy una jaqueca regular.

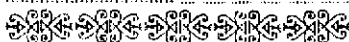
Por no prolongarla, dejo para otro

día la continuación de la revista; pero no sin decir que, á mi juicio, ha hecho mal don José en dejarse influir por las almas sensibles de que antes he hablado. La muerte de Soledad debió ser el terrible aunque justo castigo de los rigidos; así el drama, sin perder ninguna de sus buenas cualidades, habría constituido una merecida lección para los tipos como doña Pura y su cómplice. Y aun hubiera tenido cierto sabor bíblico, confirmando que las culpas de los padres recaen sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación.

Me largo envidia al considerar cuantas lectoras, al enterarse de lo que antecede, exclamarán, pensando en mí:

—¡¡Canibal!!
Au revoir.

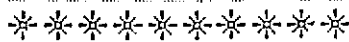
BLAS QUITO



¡BUEN RECUERDO!

No olvidaré aquel instante puro, bello, embriagador, cuando, junto al cenador, me juraste amor constante. Mas no creas que me acuerdo por que dijiste que sí á todo cuanto pedí... y nunca en pedir fui lerdo. Sino porque el gato... ¡impfo! cuando te vió entre mis brazos... ¡me pegó dos arañazos de padre y muy señor mío!

ESPADIN



CUENTO VIEJO

Muerto de hambre, cierto día un andaluz muy avaro, entró en una fonda de Haro de las de más nombradía.

Tomó ante una mesa asiento y con aire de rentista, llamó gritando al fondista. que se presentó al momento.

—¿Guaisas bien?— Os lo aseguro

—¡La tarifa es reducida!

—Veinte reales la comida.

—¿Y la cena?— Medio duro.

—El caso no es de dudar dijo el astuto andaluz.

—Encienda usted una luz

y que me den de cenar.

EDMUNDO DE C. BONET.

¡VALIENTE, TRINIDAD!

Valame Dios, y como se conocía á ojos vistas que el maleante y entremetido diablo no se daba punto de reposo y andaba en el convento de Santa Catalina haciendo de las suyas (que nunca fueron para alabadas): tal era el menudeo de tentaciones que diestro apañaba, y los tropiezos que sagaz oponía, para llevar con tan dialólicas mañas y artes, pecaminoso desasosiego al ánimo de las venerandas madres... Así crecía (y no andaba agena de razón) la madre abadesa toda acongojada y medrosica; y largo y tendido llanto derramaba allá en las soledades de su celda al ver á sus hijas tan fuera de Dios, y al considerar que á seguir viviendo, como vivían, á voluntad y gusto del mal espíritu, de adelantamiento en adelantamiento, y no por empujones, sino de una adelantada y en volandas, alejándose irían descarriadas del camino de la eterna salvación, para dar en las tiznadas manos de aquel, que entibiándoles la fé, despertábales los apetitos de la carne, y en deshonestos pensamientos trocaba las piadosas meditaciones...

Habían todas las hijas de Catalina perdido el color y las carnes; que mas parecia que alimentábanse con alejijus y á rudas penitencias se sometían, que no gozaran de vida sosegada y tranquila como es uso, costumbre y corriente estilo en los conventos. Y el mal de mi cuento debía ser pegajoso, por cuanto, tambien las novicias y educandas, toda gente moza, alegre y lozana, á un mismo andar estaban con las profesas, en lo que toca y refiere á decaimiento de ánimo y pérdida de rosados colores y salud... muestras y señales que no dejaban rastro de duda de que todos los moradores del convento tenían en sí al diablo, con todas sus desazones y picardías...

La madre abadesa, convencida de que si bien Dios habiales dado tal llaga como especial merced, no se daba mucha diligencia en enviar la medicina, pidiósele al Obispo de la diócesis con toda urgencia, poniendo en su noticia, en una sentida, quejumbrosa y no corta epístola, la muy mala é intencionada obra de Luzbel, semilla de pecados. Enterado el buen Obispo de tan desconsoladoras nuevas, creyó muy del caso limpiar las conciencias de las condenadas madres por medio de general confesión, antes de que el exorcista, con sus conjuros y evocaciones las limpiara los cuerpos de malos espíritus. De allí á poco, presentóse en el convento, con cartas del Obispo, un sobrino de S. E. fraile mendicante, apuesto y arriscado, á pesar del adelfesio de los



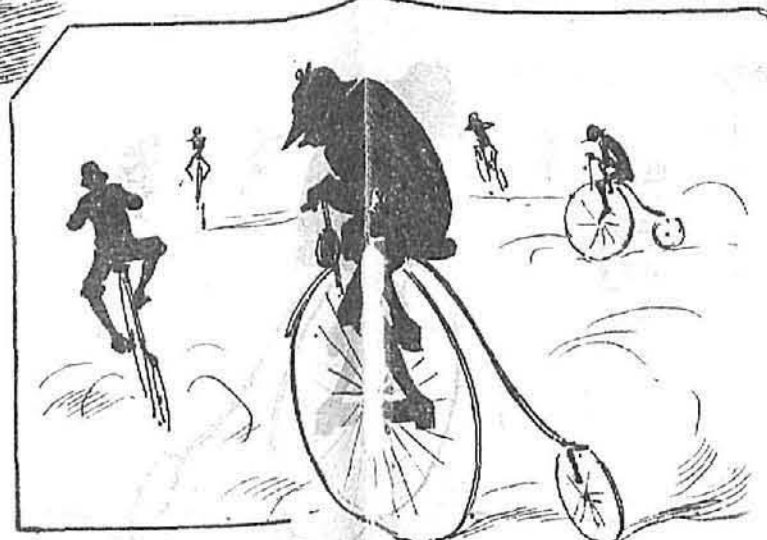
Vienen de la Exposición
con aire de *sans culottes*,
y van buscando *cocottes*
para acabar la función.



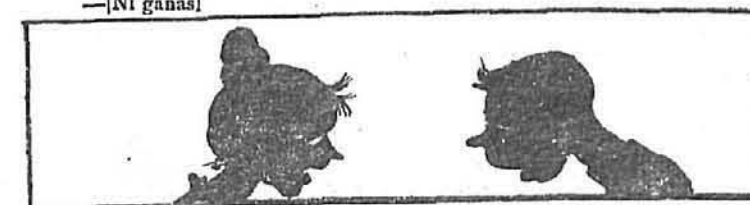
Si me dan por la caldera
diez francos en metal
alquilo una *horra* tal
por una semana ttera.



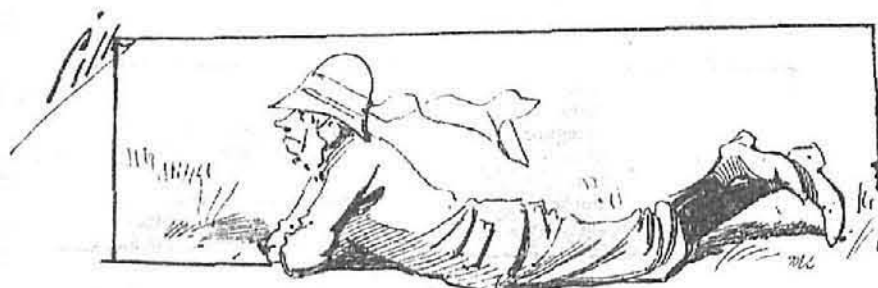
—Pus yo le dije: *Musiú resalao*; dame para los *churumbales* un sus....
—¿Un susto?
—No, hombre, un perro chico. ¿Toavía no te han enseñao la lengua?
—[Ni ganas]



Pasatiempo inocente
pero que me revienta, francamente.



Hasta perder el resuello
siempre hablando los verás
y si tuvieran el cuello
largo como el de un camello
aún harían mucho más.



Si la torre Eiffel fuese un tonel y estuviera lleno de
Jerez y me lo regalasen ¿cuántas veces podría ponerme
papalina?

hábitos, y de mirar entornado y picaresco: cosas todas que maldito si armonizaban y bien conlevábanse con su fama de varón cuasi santo y con su renombre de sagaz y rígido confesor de tan estrechas y malas absoluciones que, según decíase, el mas nimio pecado, tenía por purga eruenta penitencia...

Llegado el día de la solemne confesión, tras fervorosos rezos y plegarias, tomó asiento en el Tribunal de la penitencia el joven fraile, dispuesto á escuchar, impávido y sereno, cuanto Satan dijera por boca de aquellas desgraciadas hijas del Señor. Fué la primera en descargar su conciencia, una monja de rostro tan desmejorado y blanco, que parecía habersele pintado con albarino, y hubiérase confundido con las blancas tocas que lo cercaban á no ser por las grandes ojeras que en el se advertían. La monja toda compungida, dijo de esta suerte: Padre mío; aunque juramento hice de guardar la causa de mi ventura y á nadie darla á conocer, creo que secreto á Dios prometido y á Dios revelado, no es quebrantarlo: así es que padre, os digo; hará cosa de un mes, cierta noche, ya tocadas las ánimas, encontrándome yo recogida en mi celda apacentando mi alma con espirituales lecturas, sentí que la ventana se abría. Confusa y aturdida vi en su alfeizar, un ángel de blancas ropas y doradas alas; el cual ángel, después de llamarme por mi nombre con voz por mí algo conocida, me dijo: «Vengo de la altura en nombre del Padre; elegida eres entre sus esposas para que yo en su nombre, te infunda la gracia; sálvete El, y cúmplase su voluntad...» y así diciendo saltó á la celda de una aletada y al aire que hizo apagóse la luz y yo presa de cierto temor desmayéme.... En mi vuelta, encontré al ángel allí todavía el que durante mi tribulación había encendido la luz—María, me dijo; ¿conoces mi cara?—Yo temerosa y turbada alcé los ojos y ¡Ay padre! el ángel parecíase al sacristán del convento como una gota de agua á otra. El, echó de ver mi asombro y exclamó: El Dios Padre quiso que al sacristán de este convento me pareciera, para que no te causara espanto ni congoja mi sobrenatural visita... Jura y promete que á nadie contarás lo sucedido, pues en ello vá tu salvación... Yo, á medida de mi deseo así lo juré, y deseándome paz, desapareció por donde había venido. A la noche siguiente presentóse en mi celda á la misma hora; y volvió con las alas á apagar la luz, y volví yo también á desmayarme, y así, de este modo, hemos seguido hasta hace pocos días que el ángel ha dejado de venir...

Cuando la monja hubo terminado su narración, preguntóla el fraile: Y decidme, hija, ¿estáis segura de que

ese hermoso ángel parecíase en un todo al sacristán de este convento?

—¡Oh! segurísima, Padre,—respondió la interpelada.

Igual confesión hicieron la mayoría de las monjas y novicias; con la sola semejanza, de que el ángel, según unas, en vez de parecerse al sacristán, parecíase de modo milagroso al organista en cuerpo y alma; y que así como aquel venía en nombre del Padre... el ángel organista venía en el del Hijo...

Retirado el fraile á la celda que en el convento le tenían dispuesta, dióse á cavilar, buscando en su majín, el modo y manera de averiguar la verdad plena de lo que sucedía. Y acacío que el buen padre que ya algo, y no bueto, sospechaba, tentado por algún diablillo, estravióse por malos y escabrosos caminos que conduciéndole hubieran á lo para él muy vedado... Asustado de su flaqueza, y para desahogar de sus mientes pensamientos insanos, se dió á buscar por la celda algún libro en cuya lectura encontrara paz y consuelo á su abatido espíritu. Mirando á este fin, abrió un antiguo arcon, y ¡cieles! allí, delante de sus ojos, tenía unas doradas alas, y un blanco vestido...

Pensativo y cabizbajo quedó el fraile. Pasados algunos momentos de silencio oyósele decir con voz apagada...

—¡El sacristán en nombre del Hijo... el organista en el del Padre!

Y aquella noche con gran sorpresa y no menos contento de las agraciadas, recibieron algunas monjas la visita de un enviado del Espíritu Santo.

ANTONIO BELTRAN MORENTE.

¡OTRO TALLA!

—*~*~*

No existe en el mundo un sér tan amigo de jugar como ese sér singular que se intitula mujer.

Juega, de niña, sin tasa; de joven, gozosa juega; y hasta á los juegos se entrega cuando de cincuenta pasa.

Son sus juegos infantiles perseguir las mariposas y cojer las frescas rosas que crecen en los pensiles.

Al despuntar los albores de su juventud florida, se entrega con alma y vida al juego de los amores.

Se casa y juega afanosa con sus hijos desde luego,

siendo este el único juego lícito para la esposa.

Y cuando apaga la edad de sus encantos el brillo, juega con un falderillo con mucha formalidad.

Así las horas pasando, entre ganar y perder, vive alegre la mujer eternamente jugando.

No hay ¡-gador que dispute á la mujer la ventaja; ella juega sin baraja y á cualquiera le dá un tute.

Ella, que sabe al dedillo esquivar cualquier ataque, tras de ponernos en *jaque* nos dá á menudo *cailllo*.

Ella, aunque cariño sienta, con desdenes nos abruma, y á la vez que nos *despluma* nos *acusa las cuarenta*.

Y siempre, aun las menos listas, poniendo su ingenio á escote, dejan al hombre *capote* pues juegan á cartas vistas.

Yo que del juego reniego, juguete de un ángel fui, y el cariño que le di lo llegó á tomar á juego.

De aquella pasión temprana el recuerdo me da frío, pues me jugó el ángel mío una partida serrana.

Desde entonces, por huir de sufrir nuevo dolor, en el juego del amor no he vuelto á *perlas venir*.

(Fruta del Tiempo).

CARLOS CANO.



EL SEDUCTOR DE SU ESPOSA

—*~*~*

NADIE QUIERE HASTA QUE DIOS SE MUERE

(Continuación)

CAPÍTULO QUINTO

HOMBRE PREVENIDO...

III

Aunque el tío de la condesa frisa ya en los cuarenta, no tengo más remedio que bautizarle, porque es fastidioso é irrespetuoso estarle llamando tío á cada momento.

Como era un hombre malo, nada más natural sino que se llamas: *Hombobono*.

Don Homobono, pues, al observar el trastorno que se retrataba gratis en el semblante de Matilde preguntó:

—¿Que te pasa?

Ella respondió con dulzura:

—¿Y a usted que le importa?

—Es que el globo, el tren, el buque y la galera nos están esperando...

—Puede V. decirlos que se vayan a paseo. ¡Ya no voy al Polo!

Don Homobono se estremeció.

—¿Como! —exclamó lleno de admiración y de terror, por partes iguales.

—Bueno, coma V.; yo no tengo apetito. —repuso distraída Matilde.

—Digo que como has variado de opinión con tanta rapidez.

—¡Ah! ¡Homubre sin corazón! —exclamó la condesa. —¡Ser desnaturalizado! ¡Tienes delante el cadáver de tu prójimo y me preguntas por que no voy al Polo!

Y al decir estas palabras señalaba al pobre Malek-Adhel, cuyo inanimado cuerpo presenciaba impasible la anterior escena.

Don Homobono miró a la condesa, miró al perro y murmuró:

—¡Maldición! ¡Debí haberle echado al carro de la basura antes de hacerla salir!

Matilde sin prestar atención a lo que decía su tío, prosiguió, animándose por grados, como se asciende en el ejercicio:

—¡Su ¡sil... ¡No! ¡no!... ¡Para qué quiero yo un vestido de color de cola de foca virgen, si he de llevar tulo eternamente, por todos los siglos de los siglos...

—Amen, —dijo maquinalmente don Homobono.

—¡Pobre Malek-Adhel! ¡Perdónamel! ¡Te había olvidado! ¡A ti, que todas las mañanas me lamias la cara, evitándome el trabajo de lavármela!

¡Oh, ingrititud humana! ¡Oh, poder de un vestido color de cola de foca! ¡Oh!...

—Para, mujer, —dijo don Homobono; —no despienda suelta a ti dolor, porque puede desbocarse....

—¡Huye de aquí! ¡Monstruo abominable! —gritó exasperada Matilde. —¡Huye ó de lo contrario haré que mis criados te arrojen a palos!...

Don Homobono contestó tranquilamente:

—Olvídate que los he reventado para ahorrarte los gastos de su manutención durante tu ausencia. Ha sido una medida económica y previsora... Pero dejemos esas nimiedades y hablemos como personas que carecen de sentido común.

Y al decir estas palabras, el cínico tío se sentó en el suelo.

La condesa subyugada por las persuasivas frases de su interlocutor, le imitó, bien que procurando recogerse las faldas graciosamente para que no se le vieran las pantorrillas.

—Todo puede arreglarse, —conti-

nuó el tío. — Malek-Adhel está muerto; yo no tengo poder bastante y en forma para volverle a la vida; pero le puedo prestar las apariencias de esta...

La condesa dió un pellizco a su tío y gritó llena de júbilo:

—¡Ah! ¡Usted hará eso!

—Sí.

—¿Mi perro andará?

—Sí.

—¿Yo podré acariciarle?

—Sí, sí...

—¡Oh! ¡Me engaña usted!....

—Sí, sí, sí, —exclamó don Homobono que imaginándose que su sobrina iba a hacerle alguna otra pregunta por el estilo de las anteriores, tenía en la punta de la lengua los tres *síes* consabidos y no se los quiso tragar.

Pero comprendiendo que había dicho una barbaridad, añadió:

—Digo, no, no, no... Pronto quedarás convencida. Yo soy un hombre muy prevenido y como no podía sospechar siquiera lo que está pasando, he traído conmigo todos los menesteres para embalsamar a Malek-Adhel. Espera.

—¡No es pera ni perra! —rujió Matilde. —¡Es perro y muy perro!

IV

Don Homobono sin contestar se sacó de uno de sus bolsillos todo lo necesario para embalsamar al can y puso manos a la obra.

Matilde siguió con interés creciente, pero sin llegar nunca al sesenta por ciento, todas las operaciones que practicó su tío.

En pocos momentos el perro recobró su forma habitual y se tumbó sobre sus cuatro patas.

Luego, don Homobono sacó de otro de sus bolsillos un trozo de madera y una sierra; y como si en toda su vida hubiera hecho otra cosa, construyó una peana con cuatro ruedas, sobre la que pegó al animal.

La ilusión era completa.

Malek-Adhel parecía acabado de salir de una tienda de juguetes.

Entonces don Homobono echó mano a otro de sus bolsillos y estrajo de él un rollo de bramante.

Cortó un pedazo, lo sujetó por uno de sus extremos a la peana y puso el otro extremo en manos de Matilde diciéndola:

—Tira y verás como anda.

La condesa lanzó un grito de alegría al ver cumplida la predicción.

—¡Ah! —dijo. —¡Ahora sí que ya no voy al Polo! ¡Aquí tengo todo cuanto deseo!

—¡Insensata! —exclamó don Homobono. —¿Piensas que voy a consentir que te burles de mí de esa manera! ¡Ahora verás!

Y de un tirón arrancó el cordel de manos de Matilde y echó a correr llevándose el perro.

La condesa le siguió exhalando las

timeros sollozos, y de esta manera llegaron al Polo.

Al día siguiente de la llegada, cuando despertó Matilde se encontró sola.

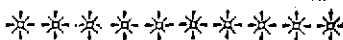
Don Homobono había desaparecido.

En los labios de la condesa brilló una sonrisa despreciativa.

—¡Se ha ido! —murmuró. —¡Un estorbo menos!... ¡Por fortuna me ha dejado a Malek-Adhel!

Y he aquí por que razón este y la condesa se hallaban en el Polo, donde han de desarrollarse sin necesidad de tomar aceite de hígado de bacalao, las más interesantes escenas de esta novela.

(Se continuará.)



INTERROGATORIO

(RETAZO)

—¿Su nombre? —Juana Martínez Natural de... Salamanca.

—¿Edad?... Los veinte cumplidos.

—¿Estado?... Pues... soy casada

por lo civil y la Iglesia

no hará más de una semana...

—¿Profesión?... Solo me cuido

de tener limpia mi casa...

—¿Jura Vd. decir verdad?... —Lo juro por... —Bueno... basta.

Usted sin duda no ignora,

que casi de madrugada...

—La niña de Doña Petra,

que parecía una santa,

se ha escapado con su novio

y por esos mundos anda...

—Todos dicen que el muchacho

sacó a la Rosa engañada

de su casa. —Eso no es cierto...

—¿Que no es cierto?... —¡Ca, ya escampa!

La niña se fué de grado

sin que el engaño mediara.

Escuche usted, señor Juez:

Mi alcoba, se halla situada,

debajo del dormitorio

que la *santita* ocupaba.

Muy cerca ya de las doce

sentíla hablar en voz baja

por el balcon con un hombre

—¿Era el novio?... —En cuerpo y alma.

No me extrañó que Rosilla

a tales horas le hablara

sabiendo que Doña Petra

mucho la vigila y guarda,

oponiéndose al noviazgo

a mi ver sin justa causa,

por que el mozo vale mucho,

mucho más que la *robada*,

aunque su madre repita

que su Rosa es una alhaja.

¡Una alhaja!... De oro fino!...

¡Cuando la niña es mas larga!...

—Bien señora, al grano, al grano...

—Pues no es tan mala la paja—



—No sea V. desdenosa,
pues aunque soy viejo, Rita,
tengo en cambio mucha guita.
—Pero le falta... otra cosa:
la que mas se necesita
para ser su fiel esposa.



Antes manejando el sable
era un hombre formidable
el coronel Lanzagorta
mas hoy, su mujer amable
está siempre inconsolable
porque ni pincha ni corta.



Muchá facha, gran coleta,
en la boca puro ó terno;
le apellidan el *Chancleta*
y es un torero... de invierno.



Es *pelotari* afamado
que jamás sufrió derrotas
pues todavía no ha ballado
nadie que le haya ganado
tratándose de pelotas.



—¡Dios mío! ¡Que pesadez!
¡Tras mí toda la mañana!
¡Me ha tomado usted por pez?
—¡Qué! No, señora por rana.

señor Juez — que no es pecado
señalar ajenas faltas,
mucho mas, si la persona
que por *inocente* pasa,
es capaz de dar un nico
al lucerito del Alba...
Pero volviendo al suceso,
de aquella noche de marras,
sobre poco mas ó menos
de las tres de la mañana,
sentí en la calle un silbido...
— ¡Un silbido!... Pues caramba
tiene usted el sueño ligero...
¡un silbido despertarla!...
— Es que entonces no dormía...
¡Como estoy recién casada!

A. BELTRAN MORENTE.



PENSAMIENTOS

El que no roba es porque no puede.

Un ladrón.

Bien mirado soy de lo mejorcito
que corre.

Un sabio.

¡Se necesita muy poca vergüenza
para hablar de la felicidad de la in-
fancia!... ¡Tener que hacer la vista
gorda cuando voy con la niñera y el
artillerol!...

Un niño.

¿Porqué no habremos nacido todos
los burros en cuatro patas? Al menos
no me faltaría pienso.

Un asno.

El vino es el único lazo que me
une á la tierra.

Un borracho.

Si el mundo fuera una bomba de
Orsini, yo pegaría fuego á la mecha.

Un nihilista.

No comprendo el insomnio.

Un sereno.

¡Que animal mas incomprensible es
el solterón!

Un enamorado.

[alguna porquería].

Un solterón.

¡Que justo es el mundo! Castiga en
nosotras sus propios yerros

Una....

Quisiera ser eterno por no dar el
último suspiro.

Un avaro.

Me cargan mucho los grillos que
cantan pero los prefiero á éstos.

Un presidiario.

Siempre hablan mal de la Arren-
dataria; pero no lo sueltan hasta que
se queman los dedos.

Un colillero.

Es verdad que en esta vida me fas-
tidio pero en cambio en la otra...

Un trapense.

Ya te lo dirán de misas.

JOSÉ DANUEZA Y REDOMA.



EN RETIRADA

—Mira, si vamos á ver,
no te debiste ofender
porque te dije que *no*
al principio: porque yo
como, al cabo, soy mujer,

si bien con agrado oí
tu primer frase amorosa,
mirando un poco por mi
hasta ver clara la cosa
no pude decir que *sí*.

Ya ves que no era prudente,
aunque me hablastes de veras,
que de buenas á primeras
te diese un *sí* fácilmente
apenas me lo pidieras.

—¡Bah! Todo eso está muy bien;
pero es que en aquellos días
en que ví en tí tal desdén
creo que tu primo Elias
se te declaró también.

—¿Qué primo?

—Aquel tan ricote
que vino de Extremadura
y sólo hablaba del dote
que daría á su futura
al casarse. Aunque era un zute,
no anduviste tan perpleja
en prestarle tu atención.

—Cual huesped...

—Que no se deja

ni un momento, de pareja
con él, en conversaci6n.

—Puedes creer...

—Calla, Rosa.

—¡Si el pobre Elias no está
para pensar en esposa
y á estas horas se halla ya
camino de Panticosa!

—Y no es eso solamente.
Cuando mi amoroso afán
esquivabas cautamente
¿no te escribi6 un capitán
que no te era indiferente?
¿V en tí no llegó á pensar
un comerciante de ropas
al que ibas mucho á comprar?
Tu me has querido dejar
por los trapos ó las tropas.

Y eso no lo aguanto yo
porque no me dá la gana.
—¡Si todo eso se acab6!...
—¿Y el capitán?

—En la Habana.

—¿Y el comerciante?

—Quebr6.

No te apures.

—¿Yo, mujer?

En caso tñ. ¡Buena es esa!
La quiebra á tí te interesa
que á mí... ¡mi Dios me hace ser
plato de segunda mesa! (1)

E. ROVIRA BAYOD.

INFUNDIOS Y LIOS

Las bromas pesadas ó no
darlas.

Excelentísimo Sr. Alcalde:

¿Cuando se obliga á la empre-
sa de las jardineras á poner rue-
das de *reglamento* en sus vehí-
culos?

Mire V. E. que se dicen por
ahí la mar de cosas, y ninguna
buena, respecto al asunto.

Y que hay quien recuerda los
famosos *Riperts*.

Y que...

Y que...

Y que...

Etcétera

Lo de las jardineras es gran-
de; pero ¡miren ustedes que lo
que pasa en la calle de Balmes!

No basta con que el terro-
caril de Sarriá, dé serenata con-
tínua á los vecinos de dicha calle
sino que ésta se halla converti-
da en un estercolero.

Allí ni hay aceras, ni empe-
drados, ni luz, ni nada.

(1) «Cuarta» debí de poner,
pero eso es una futea.

Desde la calle de Cortes, hasta la de Valencia no hay en la parte derecha de dicha calle, mas que un frol.

El único que apagan apenas tocan las doce.

Así es que para internarse de noche por aquellos sitios, se necesita un guía, un báculo herrado, una linterna y dos parejas de la guardia civil.

¡Bellezas del ensanche de la segunda capital de España!

¡Por vida de los marqueses!

Que el demonio en los infiernos sufra castigos eternos pase, que al fin delinquió; pero, si no se casó ¿porque le pintan con cuernos?

Un «anti-diluviano», me remite el siguiente anuncio recordado de «El Diluvio»:

«Ha escapado un loro á las tres de ayer, hora en la que se fugó. A quien lo devolviera se le gratificará largamente, en la calle etc.»

¡Cosas de los loros!

¡Mire V. que escaparse á la misma hora en que se fugó!

Ahora cualquiera dá con él.

Lo natural era que se hubiese escapado siquiera veinte minutos despues de fugarse.

Pero vaya V. á los loros con naturalidades.

¡Y á «El Diluvio» con gramáticas!

Se calcula que durante los dos primeros días de feria, se han consumido en Reus cincuenta mil melones.

Ya me explico como vienen tan á ménos los carlistas.

En Alcalá de Chisvert se levantó una partida, robó cuanto pudo «habert» y se hubo de «disolver» apenas fué perseguida. Pues, hombre ¡tiene que «vert»!

En Sanlúcar, según dice un periódico, disfrutan un alcalde que no se lo merecen.

El otro día hizo prender á un Sr. Guizado, meterle, no en una

cazuela, como hubiera sido lo natural, sino en una barbería y raparle la cabeza á navaja.

Poco despues mandó, cojer á un tal Amor y raparle á punta de tigura, porque es lo que él diría:

—Los amores en el pueblo de mí digno mando, deben ser aseados.

Si los hechos son ciertos, me parece que habrá que cortarle tambien algo á ese alcalde.

Por lo menos las alas

Porque ya es bastante tolerar que las autoridades fusionistas nos afeiten.

Permitirlas que nos tomen ó que nos corten el pelo sería un colmo.

¿No les parece á ustedes?

TELEGRAMAS

Agencia Muncheta

Madrid, á treinta.... (y nueve mil demonios).

Dicen varios bolonios que *toda está que arde* y es cierto: hasta las siete de la tarde nadie puede su casa abandonar sino quiere llegarse á evaporar.

Esto está convertido en fragua; pero ¿revoluciones?... Ca... ¡ni agua!

Paris 29.—Ayer se hicieron las elecciones; llevó algunos revolcones, el señor de Boulanger. ¡Como ha de ser!

Los monárquicos ganaron treinta puestos que á perder á sus contrarios forzaron; más de estos es el poder.

Como ha de ser! Visita la Exposición la gente con afición; pero entristece prever que, tras tanta diversión, cuenta guerra ha de haber ¡Como ha de ser!

Londres á 29.—Diz que sopla un viento huracanado hacia la parte de Constantinopla; y me ha dicho un milord muy reser-
vado que sino se conjura el temporal sobrevendrá la guerra general, y á su final ni aun quedarán los rabos de latinos, germanos, ni de eslavos

CORRESPONDENCIA

Excmo. Sr. D. A. de la T. — Barcelona. — No he leído más que tres líneas y no llegue á la cuarta porque

me dió en la nariz olor de barriganta.

Hasta para dar timos se necesita sentido común. ¡Entiende V.!

Español. — Idem. — Juro á Vd. por las barbas de mi abuelo, (que no se si tenía barbas) que solo á la carta que dirige V. á mi compañero debe que se le otorgue la gracia de indulto. Afílese V. más, porque puede hacerlo.

J. D. R. — Idem. — Va algo. Suprima usted dedicatorias, porque sino tendré yo que suprimirlas y es lo mismo.

A. R. — Idem. — Imprudencia con *ese* es lo mejor que cuanto manda tiene.

Peñalito. — Idem. — No penetra V. bastante. J. T. — Na se donde — Va una; la otra no tiene *chic*.

R. G. S. Barcelona. — A la puerta del trite cementerio muerta se la encontró.

¡Y pensar que leyendo un *ganapero* serio, pesado y serio más de una hora he perdido yo!

P. Rico de los P. Lotes — Idem. — Si las cuarteras estuviesen bien medidas y la poesía tuviera gracia, la insertaría con mucho gusto.

A. J. B. — Madrid. — Los cantares no van; pero la poesía, tampoco. ¿Quien le ha dicho á usted que en un romance caben versos libres y se puede cambiar de acento seis u ocho veces?

G. Naro — Donde se halle. — Mande usted la firma, pues así que la poesía es *poquita* cosa, demuestra facilidad para versificar. Haga algo más salado.

E. O. F. — Madrid. — Aprovecharé algo. Las composiciones son muy desiguales. Si pone usted más cuidado... veremos, porque hay cosas que de balde son caras. ¡Entiende usted?

Martes — Barcelona. — Gracias por todo. Si aceptase V. un pedidomito podrían ir, cuando conviniera, dos trabajos de V. a la vez. Lo digo porque, supuesta su fecundidad, habrá que ir almacenando originales por no repetir la firma en un mismo número.

Loscaedro — Idem. — Espere usted á la semana que viene.

A. R. B. — Madrid. — Pero hombre que dos poesías mas malas! Las ideas, tienen gracia lo que no la tiene es que V. haga versos sin acordarse de que la Poesía no es un mito. El artículo es flojillo, no sé si me resolveré á publicarlo convenientemente aderezado.

J. R. — Idem. — Se aprovecharán. J. J. C. — Idem. — ¡Va una; la otra tiene varias asonancias de difícil corrección.

Un anti-diluviano. — Queda V. complacido; pero si se hubieran de sacar á relucir todos los gazapos que contiene, no bastarían las diez y seis páginas de *BARCELONA CÓMICA*. Aquello mas que peródico es una gazapera.

M. G. — Barcelona. — Hombre, si insertaré su magnífica composición, pero por dosis pequeñas para no aumentar la mortalidad entre los lectores.

A DOLORES

I.
A Dolores que te casas
Que ese hombre tan pijo
De porque me engañastes
Mas yo no lo impido.

II.
Pues Dolores que te traen
De Tarragona bendito
Lo que es así si que metraen
Me traen un gran Pito.
Basta por hoy.

Imp. Mill. Arco del Teatro, 9. pasaje.

VERANEANDO



—Mira lo que dice BARCELONA CÓMICA:
«Los señores de Gutierrez tomando las aguas.»—Y
los pintan metidos en dos tinajas... lo mismo que noso-
tros... ¡Qué diablos de dibujantes!... ¡Je, je!

ANUNCIOS

BARCELONA CÓMICA

Semanario festivo, literario, político, ilustrado
CONTIENE

Artículos, poesías, críticas y chistes
de nuestros principales literatos.

CARICATURAS Y RETRATOS
de nuestros primeros dibujantes.

Precios de suscripción:

Provincias:—Por series de 10 números 1,25 pesetas

Agente exclusivo en Madrid para la venta de BARCELONA CÓMICA, D. Julian Rodriguez, Tesoro, n.º 5, bajos.

ADMINISTRACION

Calle Hospital, 100 y 102, pral.-1.ª
BARCELONA

ENCUADERNADOR

(BUENO, BONITO Y BARATO)

Salvador Pujol

✱

Calle de Aribau, número 74

BARCELONA

IMPRENTA MILITAR Y COMERCIAL